

Vicente Borragán Mata

La Renovación Carismática

Una experiencia de gratuidad



Mamporé

Índice

Portada

Portadilla

Créditos

Introducción

I. La Renovación Carismática: Orígenes y expansión

II. ¿Qué es la Renovación Carismática?

III. El bautismo en el Espíritu

IV. Los efectos del bautismo en el Espíritu

V. La gratuidad, fundamento teológico

VI. ¿Cómo funciona la Renovación Carismática?

VII. Críticas y peligros

VIII. ¿Hacia dónde va la Renovación?

Conclusión

Bibliografía

Biografía del autor

Notas

La Renovación Carismática

Una experiencia de gratuidad

Vicente Borragán Mata



© SAN PABLO 2016 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es
© Vicente Borragán Mata 2016

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina 1. 28021 Madrid * Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050
E-mail: ventas@sanpablo.es
ISBN: 9788428561884
Depósito legal: M. 35.100-2016
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)
Printed in Spain. Impreso en España

Introducción

No recuerdo cuándo oí hablar por primera vez de la Renovación Carismática, pero debió ser hacia el año 1971. Pero ese nombre no produjo en mí nada que pudiera llamar mi atención. Sin embargo, poco tiempo después entré en contacto con algunos amigos que frecuentaban los grupos de la Renovación, y las preguntas comenzaron a brotar en mi corazón: ¿Qué será todo eso? ¿Una nueva moda? ¿Una nueva manera de llamar la atención? ¿Qué se esconde detrás de ese nombre tan extraño? ¿Cuál es su origen? ¿De dónde procede? ¿Cómo se ha extendido por el mundo? ¿Dónde reside su fuerza y su atractivo? ¿Quién está detrás de todo esto? Solo posteriormente pude comprobar y experimentar que bajo ese nombre, aparentemente tan extraño, se ocultaba una realidad impresionante, una gracia de tal calibre que puede transformar la vida por entero.

La mayoría de nosotros somos cristianos desde niños, pero, ¿cómo vivimos nuestra relación con el Señor? ¿Quién ocupa el primer lugar en nuestras preferencias? ¿Qué es lo capital, es decir, lo que nos trae de cabeza? ¿Qué es, ahora mismo, lo más importante de nuestra vida? ¿Qué es aquello a lo que no renunciaríamos por nada del mundo? ¿La salud, la familia, el trabajo, la posición social, el bienestar, el dinero, el pasarlo bien? ¿No sentimos la necesidad de vivir una vida nueva y mejor? ¿Por qué más del 80% de los bautizados han abandonado toda práctica religiosa? ¿Ya no atrae a nadie el Resucitado? ¿Ya no nos dice nada su triunfo sobre la muerte? ¿Nos hemos resignado a vivir y a morir sin esperanza alguna?

La Renovación Carismática apareció en nuestra tierra, como veremos, de la manera más sencilla e inesperada, en un retiro de fin semana celebrado en una pequeña mansión, llamada El Arca y la Paloma, cerca de la ciudad de Pittsburg, en los Estados Unidos. Fue un suceso sin importancia alguna, que no apareció en la prensa ni en los telediarios. Pero lo que allí sucedió ha tenido una trascendencia que jamás hubiéramos podido imaginar. A los ojos de todos aparece como una flor callada y humilde que, sin hacer mucho ruido, está trasformando la vida de millones de hombres y mujeres de nuestros días. Algo nuevo corre por los valles de esta tierra, un perfume que lo inunda todo, una dulce melodía que acaricia nuestros oídos. Ha sido mirada con recelos y reservas por unos y atacada y ridiculizada por otros, pero la Renovación ha adquirido ya el aspecto de una ola de proporciones mundiales. Se ha extendido prácticamente por todos los países y se ha propagado «como el fuego por el cañaveral», como la *peste*. Sin embargo, muchos fieles cristianos no han oído hablar de ella y viven al margen de esta *corriente de gracia* que está inundando de vida a tantos hombres.

Pero desde entonces han pasado cincuenta años. Los días 17-19 de febrero de 2017 la Renovación Carismática celebra sus bodas de oro, se vestirá definitivamente de largo. Será un año para dar gracias infinitas al Señor por tanta gracia derramada, por tantas vidas cambiadas y por tanta alabanza como ha arrancado de los labios y del corazón de los hombres. El papa Francisco ya se ha apuntado a la fiesta. El día 3 de julio del 2015 le dijo a los grupos de la Renovación Carismática de Italia:

Y después, si el Señor nos da vida, les espero a todos juntos en 2017 aquí, en la Plaza de San Pedro, para celebrar el jubileo de oro de esta corriente de gracia. Nos reuniremos para dar gracias al Espíritu Santo por el don de

esta corriente de gracia y para celebrar las maravillas que el Espíritu Santo ha hecho durante estos cincuenta años, cambiando la vida de millones de cristianos.

Será también un buen momento para hacer un alto en el camino, para volver los ojos hacia los orígenes, para revivir y actualizar el entusiasmo de los primeros días y para detectar los caminos por donde el Señor quiere llevar a los hombres renovados por esta gracia desbordante, que sigue llamando al corazón de todos.

Los primeros años fueron de un gozo incontenible. Las publicaciones sobre la Renovación fueron innumerables. Por todas las partes aparecían artículos y libros en los que se exponía, con cierto temblor, pero con un entusiasmo casi indescriptible, la nueva experiencia que se estaba viviendo, la súbita aparición de los carismas y la renovación profunda que estaban experimentando los que habían recibido el bautismo en el Espíritu Santo. He vuelto a releer muchas de aquellas páginas, para revivir el momento en el que el manantial comenzó a brotar, y las aguas de esta corriente, limpias e incontaminadas, comenzaron a correr en todas las direcciones, dando una vida nueva a todo lo que encontraban a su paso.

Pero también será un buen momento para hacer una reflexión serena. La Renovación es joven, pero ya adulta: ¿Qué ha sido de ella durante estos cincuenta años? ¿Por dónde ha caminado? ¿Hacia dónde la está llevando el Espíritu? ¿A cuántos habrá llegado su influjo renovador? ¿Cómo ha madurado? ¿Qué efectos ha producido a su paso? ¿Qué peligros la han asaltado? ¿Sigue viva o está ya declinando? ¿Ha perdido su frescura original? ¿Ha perdido su carácter profético para toda la Iglesia? ¿Ha perdido ese poder de cambiar los corazones? ¿Hasta qué punto hemos tratado de encauzar esta corriente de gracia? ¿Estamos preparados para una nueva oleada de Espíritu? ¿Cómo

formular de la manera más clara posible la experiencia que estamos viviendo ya millones de hombres? ¿Cómo será su futuro? ¿Qué será de ella dentro de cincuenta o de cien años?

En el año 1998 escribí un libro¹ en el que hice una breve exposición de los orígenes y expansión de la Renovación, de lo que es y de lo que no es, del bautismo en el Espíritu y sus efectos, de su fundamento teológico, de su estructura y organización, de las críticas que ha recibido, de los peligros y riesgos que puede correr y de las esperanzas que suscita para la Iglesia y para cada uno de nosotros en particular. Pero ahora, con motivo de las bodas de oro, lo he revisado de arriba abajo, dejando algunas cosas como estaban, ya que están muy bien asentadas, actualizando otras y añadiendo muchas reflexiones nuevas, que ponen en evidencia lo que estamos viviendo en estos momentos con una gran intensidad.

Pero, ¿se podrá decir algo nuevo? ¿O ya está todo dicho? No, no lo está. En los últimos años hemos conocido dos corrientes emergentes, que pugnan por saltar al primer plano: el peligro de institucionalización, por una parte, y la explosión de la gratuidad, por otra. ¿Por dónde caminará la Renovación en los próximos años? ¿Por las sendas de lo gratuito o de lo estructurado? La gratuidad es una palabra grandiosa, que ha tardado mucho en dar la cara de una manera manifiesta. Estaba ausente en la mayoría absoluta de libros, artículos y enseñanzas, como si no existiera. ¿Hasta qué punto habrá podido influir el hecho de que en inglés no exista la palabra *gratuidad*, y que tengan que recurrir a rodeos para expresar lo que nosotros decimos en ella? Pero la ausencia de esa palabra era verdaderamente llamativa, porque es la que mejor expresa la experiencia grandiosa que estamos viviendo. La gratuidad nos ha salido al encuentro de una manera *descarada* para hacernos

tomar conciencia de la belleza suprema de esta corriente de gracia que atraviesa todas las Iglesias cristianas. Si esa palabra no aparece en primer plano, tarde o temprano, volveremos a lo de siempre: el *ramalazo* de las obras volverá a tirar de nosotros y en poco tiempo regresaremos a una espiritualidad de esfuerzos, de renunciaciones y de sacrificios. La gratuidad debería ser como la estrella polar que guíe nuestros pasos y atraiga nuestra atención. ¿A dónde iríamos sin ella? Me parece que ese es el susurro del Espíritu en estos momentos. La gratuidad es lo innegociable del cristianismo, la atracción irresistible de la vida cristiana, su gran desafío, la gran revolución, la palabra clave que abre las puertas al mundo divino y a la acción gratuita de Dios a favor nuestro. Eso es lo que nos ha hecho saltar de gozo y estallar en alabanzas. *Gratuidad* es la palabra que deberíamos llevar inscrita en nuestro corazón, en nuestra frente y en nuestros labios como un recordatorio imposible de olvidar. Si los autores espirituales de los últimos siglos pudieran levantar su cabeza no darían crédito a lo que está sucediendo en nuestros días. Pero el Señor nos está llevando «de lo bueno a lo mejor, y de lo mejor a lo sublime».

I

La Renovación Carismática: Orígenes y expansión

A partir del concilio Vaticano II una corriente de aire fresco ha bañado a la Iglesia por entero. La aparición de muchos movimientos y comunidades ha sido una de las gracias más maravillosas que el Espíritu Santo ha derramado sobre ella. Todos esos movimientos ofrecen a los fieles cristianos la oportunidad de vivir una vida nueva, pero la Renovación Carismática resplandece entre todos de una manera muy singular. Una *corriente de gracia* se ha abatido sobre la Iglesia como un vendaval o como un tsunami desbordante, y millones de vidas han sido cambiadas por el poder del Espíritu. Algo ha pasado y queremos ver qué es lo que está sucediendo.

Pero tengo la impresión de que incluso la mayoría de los que han entrado a formar parte de la Renovación no se han detenido a pensar cómo, cuándo y dónde ha surgido esta corriente de gracia. Por eso, me parece conveniente hacer un poco de historia, para que podamos rastrear los primeros destellos de esta manifestación tan novedosa del Espíritu. Solo serán unas pinceladas, porque esa historia ya ha sido tratada en muchos momentos. Sin embargo, no se puede comenzar a hacer una reflexión sobre ella sin conocer sus orígenes y sus primeros pasos.

Las preguntas son inevitables: ¿Cómo ha nacido la Renovación Carismática? ¿Dónde ha nacido? ¿Cuál es su origen? ¿De dónde procede? ¿Cómo se ha desarrollado? ¿Es una realidad muy antigua o reciente?

Los orígenes del movimiento pentecostal

La Renovación Carismática no es algo del todo nuevo. A lo largo de los siglos ha habido numerosos movimientos de tipo carismático, suscitados por el Espíritu, cuando la Iglesia tendía a instalarse en el mundo y a perder la gracia de los orígenes: el monaquismo y las grandes órdenes y congregaciones (benedictinos, franciscanos, dominicos, jesuitas, etc.) fueron movimientos que la animaron e impulsaron en momentos de cierta debilidad¹. Pero también las Iglesias hermanas han conocido grandes avivamientos o despertares (*revivals*) a lo largo de los siglos XVIII-XIX. Las asambleas del gran despertar del Oeste, en los Estados Unidos, consistían sobre todo en predicaciones ardientes en las que los pastores animaban a sus fieles a la conversión, a pedir un nuevo Pentecostés y un bautismo en el Espíritu, y les urgían a aceptar a Cristo como su Señor y Salvador.

Pero el más importante de todos esos avivamientos fue el pentecostalismo, cuyos orígenes se remontan al pastor Charles Fox Parham, un joven misionero metodista, que sentía en su alma una profunda inquietud. Había dedicado mucho tiempo a leer el libro de los Hechos y las cartas de san Pablo y a comparar lo que allí leía con su propia experiencia. ¿Dónde se había quedado aquel fuego, aquellas alabanzas y aquellas palabras que atravesaron el alma como un punzón el día de Pentecostés? ¿Dónde estaban aquellas curaciones y profecías de los primeros días? ¿Dónde se había quedado el carisma de hablar en lenguas? El pastor Parham decidió abrir una escuela bíblica para poder estudiar, juntamente con otros, lo que él mismo estaba meditando. Después de mirar por muchas partes, encontró un edificio en Topeka, en el Estado de Kansas (Estados Unidos). En aquella casa se instalaron unos

cuarenta estudiantes que llegaron desde diversas partes del país. Y allí comenzaron a estudiar día tras día la palabra de Dios, sobre todo las cartas de san Pablo y el libro de los Hechos de los apóstoles, dedicando una atención especial a los textos que hablaban del *bautismo en el Espíritu Santo*, según la promesa de Jesús (He 1,5). Lo hicieron desde todos los ángulos y desde todas las perspectivas. Y oraron día y noche para que el Señor les bautizase en el Espíritu Santo. Lo que sucedió el 1 de enero de 1901 es bien conocido. El día había transcurrido en tensa espera. Al anochecer, una muchacha, llamada Agnes Ozman, pidió al pastor que rezara por ella, imponiéndole las manos sobre la cabeza, como se hacía en la Iglesia primitiva. Y, de repente, sucedió algo extraordinario: de una manera suave vino a sus labios como un torrente de sílabas, que ni ella ni el pastor podían entender:

En aquel momento, escribió, me sentí como arrastrada por un río en crecida y como si un fuego ardiese en toda mi persona, mientras que palabras extrañas de una lengua que jamás había estudiado me venían espontáneamente a los labios y se me llenaba el alma de una alegría indescriptible... Fue como si brotaran de lo más profundo de mi ser ríos de agua viva.

A partir de ese momento el pastor Parham y muchos de los estudiantes recibieron «el bautismo en el Espíritu y el carisma de hablar en lenguas». El pastor abandonó la escuela para comenzar a predicar por todas las partes lo que él denominó como «el Evangelio completo, que incluía el anuncio del don de lenguas y de curaciones». Pero cuando regresó a Topeka, la escuela bíblica se había disuelto y los estudiantes se habían dispersado. Pero no abandonó su sueño de tener una nueva escuela, y consiguió realizarlo en Houston (Texas). A ella llegó un día un pastor de color, llamado W. J. Seymour, y allí aprendió y vivió todo lo referente al mensaje pentecostal. Entonces se dirigió

hacia Los Ángeles (California), y comenzó a predicar lo que él había experimentado. En la calle Azusa 312, en un edificio de dos plantas, comenzó un *avivamiento* extraordinario, que duró tres años. La noticia corrió como la pólvora. Muchos periodistas informaron sobre lo que estaba ocurriendo en Azusa Street y lo dieron a conocer al mundo entero. De todas las partes acudía gente para recibir el bautismo en el Espíritu y el don de lenguas. Eran hombres sencillos en su mayoría, pero, al volver a sus casas, llevaban algo que ganaba el corazón de aquellos que les escuchaban. Así surgió lo que se ha conocido desde entonces con el nombre de *pentecostalismo*².

Los que se sintieron tocados por la gracia de ese nuevo Pentecostés comenzaron a reunirse en grupos. Sus asambleas de oración llamaban mucho la atención, porque la alabanza brotaba como un torrente, y era expresada con los brazos levantados hacia el cielo, con cantos acompañados de palmadas e, incluso, con revolcones por el suelo, y estaba animada, además, por la presencia del carisma de hablar en lenguas, de profecía y de sanación. Aquellos carismas antiguos, que parecía que habían desaparecido de la vida de la Iglesia, comenzaron a inundarla de nuevo.

Pero las Iglesias protestantes tradicionales no acogieron el movimiento pentecostal y lo combatieron con aspereza, denunciándolo, incluso, como «cosa del diablo». Los pentecostales fueron acosados y expulsados de sus respectivas Iglesias, pero el movimiento pentecostal no desapareció. Desde 1910 en adelante se organizaron en federaciones e Iglesias, de las cuales las más conocidas llevan el nombre de *asambleas de Dios*. Hacia el año 1960 la cifra de pentecostales ascendía ya a unos diez millones.

Y sucedió que muchos fieles y pastores de otras Iglesias comenzaron a participar en aquellos grupos de oración y experimentaron también un cambio profundo en sus vidas. Así fue como las Iglesias protestantes tradicionales terminaron por dar su aprobación a la corriente pentecostal. La Iglesia episcopaliana lo hizo a partir del año 1958, la luterana y la presbiteriana a partir de 1962. Lo mismo sucedió en algunas comunidades ortodoxas. Así surgió lo que se conoce con el nombre de *Neopentecostalismo* o *Movimiento neo-pentecostal*.

La Renovación en la Iglesia católica

Los orígenes de la Renovación en la Iglesia católica se remontan, por decirlo de alguna manera, al papa León XIII. En ello tuvo una gran parte una monja italiana, llamada sor Elena Guerra, fundadora de las Hermanas Oblatas del Espíritu Santo. Entre 1895 y 1903 escribió doce cartas a León XIII, pidiéndole una predicación renovada sobre el Espíritu Santo. El Papa, accediendo a sus ruegos, publicó la encíclica *Provida Matris caritate*, en la que pedía a toda la Iglesia que celebrase una solemne novena al Espíritu Santo entre la fiesta de la Ascensión y Pentecostés. Y de nuevo volvió sobre el Espíritu Santo con la encíclica *Divinum illud munus*. Además, por sugerencia de sor Elena Guerra, el Papa invitó a los católicos de Roma a una vigilia de oración en la noche del 31 de diciembre de 1900. Y cuando el reloj de la Basílica de San Pedro daba las doce de la noche, León XIII entonó el himno *Veni Creator Spiritus*, poniendo el siglo XX bajo las alas del Espíritu. Aquel mismo día, en Topeka (Kansas), como acabamos de ver, se inició el pentecostalismo. Era un presagio feliz. El nuevo siglo nacía «hablando una lengua nueva», «la lengua del Espíritu».

Pero los orígenes más inmediatos de la Renovación podrían hacerse remontar a Juan XXIII. El día 20 de enero de 1959, el Papa estaba sentado en su escritorio y, en frente de él, el cardenal Tardini, secretario de Estado, a quien recibía cada mañana. Aquel día examinaron la situación crítica de la Iglesia en algunos países. El Papa se hacía a sí mismo un montón de preguntas y, de repente, susurró una palabra: «¡Un concilio! Flor de inesperada primavera», escribió en su diario. Y el día 25 de enero de 1959 fue anunciado solemnemente el concilio Vaticano II, que fue inaugurado el 11 de octubre de 1962. En él se reunieron unos dos mil quinientos obispos del mundo entero. Para prepararlo, el Papa compuso una oración en la que, entre otras cosas, decía: «Renueva en nuestros días los prodigios como de un nuevo Pentecostés». Lo que sucedió en el primer Pentecostés lo tenemos descrito en pocos versículos del libro de los Hechos de los apóstoles (He 2,1-36): fuego, lenguas, alabanzas, proclamación, dones, carismas, vidas cambiadas. Eso fue lo que pedimos en los meses anteriores al Concilio: «Renueva, Señor, todo eso en nuestros días; renueva el fuego y el poder, las lenguas y la alabanza, la alegría y el testimonio, los dones y los carismas, es decir, todas las gracias del principio». Eso fue lo que suplicamos: ¡Un nuevo Pentecostés! ¡Una efusión formidable del Espíritu que renovara nuestras vidas, nuestras parroquias, nuestras comunidades, nuestras instituciones, nuestras congregaciones religiosas, nuestros conventos y monasterios, nuestros sacerdotes, nuestra jerarquía! Esa fue la súplica de la Iglesia en aquellos días.

Pero mientras la Iglesia suplicaba por un nuevo Pentecostés y comenzaba a vivirlo a nivel de la jerarquía, una chispita insignificante comenzó a encenderse en los Estados Unidos. En efecto, en el origen de la Renovación Carismática Católica habría que hacer mención de tres

universidades católicas americanas: la de Duquesne, en Pittsburg (Pensilvania); la de Notre Dame, en South Bend (Indiana), y la de Ann Arbor, en East Lansing (Míchigan), algunos de cuyos profesores mantenían lazos de contacto muy estrechos, ya que pertenecían a los cursillos de cristiandad. Un día cayó en manos de uno de ellos el libro *La Cruz y el puñal*, en el que el pastor Wilkerson narraba su ministerio poderoso con las bandas de drogadictos de Nueva York, y cómo su vida cambiaba radicalmente cuando recibían el bautismo en el Espíritu. Los profesores leyeron aquel libro y lo examinaron una y otra vez para ver si estaba de acuerdo con la doctrina de la Iglesia. En otro momento leyeron el libro *Hablan en otras lenguas*, y la impresión fue la misma³. Allí había algo nuevo y poderoso, fresco y atractivo, algo que llegaba al corazón. Durante algún tiempo los profesores de la Universidad de Duquesne debatieron entre ellos el contenido de aquellos libros y oraron teniéndolos como base. Allí podía estar el secreto de la fuerza y del poder que andaban buscando. Y llegó un momento en el que pensaron que ya habían leído, discutido, compartido y orado bastante. ¿Qué hacer? En sus encuentros barajaron varias posibilidades: asistir a una iglesia pentecostal o imponerse mutuamente las manos, pero decidieron que lo mejor sería tener un encuentro con algunos neo-pentecostales que, tras el bautismo en el Espíritu, hubieran permanecido en sus propias Iglesias. Sentían necesidad de conocer a alguien «que hablara en lenguas y que tuviera poder de sanación, que hubiera hecho, en una palabra, la experiencia del bautismo en el Espíritu». Se pusieron en contacto con un sacerdote de la Iglesia episcopaliana, llamado William Lewis, y él los condujo hacia una de sus feligreses, llamada Betty Schomaker, miembro de un grupo carismático interconfesional. La tarde del 13 de enero de 1967, entre

las siete y media y las ocho, cuatro profesores de la Universidad de Duquesne llegaron al chalet de Florence Dodge, donde se reunía aquel grupo pequeño, pero vivo. Allí estaban W. Storey, R. Keifer y su esposa, y Patrick Bourgeois. La oración comenzó y siguió su curso normal, pero cuando estaba a punto de concluir, W. Storey se dirigió a los miembros de aquel grupo, y les dijo: «Hace mucho tiempo que esperaba este momento. Vine a recibir el bautismo en el Espíritu Santo, y no me marcharé hasta que lo obtenga». Los asistentes se dieron la mano en círculo y uno de ellos hizo una sencilla plegaria: «Señor, tú conoces su corazón y su necesidad. Llévalo con tu Espíritu Santo hasta que rebose». El viernes siguiente, 20 de enero de 1967, dos de aquellos cuatro profesores volvieron a la casa de Florence Dodge. La oración concluyó cuando Patrick Bourgeois y R. Keifer pidieron que orasen para que fueran bautizados en el Espíritu Santo. Les pidieron que hiciesen un acto de fe en el Espíritu. Acto seguido R. Keifer comenzó a hablar en lenguas. La *chispita* estaba ya encendida. Pudo haber sido solo una chispa, pero el Señor tenía reservadas grandes sorpresas.

A partir de ese momento, los sucesos se precipitaron. Aquellos profesores organizaron un retiro de fin de semana los días 17-19 de febrero de 1967, en una pequeña mansión, El Arca y la Paloma. Eligieron como tema del retiro el estudio del libro de los Hechos de los apóstoles (1-4). Durante las sesiones de preparación no hicieron ninguna referencia directa al bautismo en el Espíritu, pero recomendaron a todos la lectura del libro *La Cruz y el puñal*. A ese retiro asistieron unos veinticinco estudiantes, la mayoría de los cuales viven todavía, y han dado testimonio en diversas ocasiones de lo que allí pasó. Profesores y estudiantes experimentaron una profunda transformación de sus vidas y pudieron contemplar el

despertar de los carismas: la alabanza, el hablar en lenguas, la profecía, el don de curaciones. Ese retiro fue para ellos como un bautismo en el Espíritu, semejante al que recibieron los apóstoles el día de Pentecostés. Sus testimonios hablan de un sentido de paz y de alegría inexpresable, de una atracción por la palabra revelada, de una experiencia del amor de Dios, de una necesidad casi biológica de alabarle y de darle gracias. Era la experiencia misma de Pentecostés la que se hacía presente en aquel grupo de chicos americanos. Se ha dicho, con razón, que «en el retiro de Duquesne no hubo más que un protagonista: el Espíritu de Dios. Allí solo se hizo una obra: la suya; de allí solo ha quedado lo que tenía que quedar: una llama para el mundo. Allí solo hubo unos veinticinco muchachos universitarios, de los cuales solo un puñado fue sorprendido por la acción poderosa del Espíritu». Todo podía haber quedado en nada, en un retiro más, cuyos efectos podrían haberse evaporado como una nube de verano, sin dejar rastro de su paso. Nadie pudo prever lo que allí pasó, nadie pudo imaginar que aquello sería como una bomba de relojería que habría de estallar en el mundo entero. Pero allí comenzó a encenderse una llama, que se ha esparcido por el mundo entero «como el fuego por el cañaveral». Así nació lo que conocemos con el nombre de *Renovación Carismática Católica*⁴.

La expansión de la Renovación

La noticia de lo que había pasado en aquel retiro fue divulgada por carta, por teléfono y por contactos personales, y pronto comenzaron a funcionar los primeros grupos de oración. Desde entonces la Renovación Carismática Católica se ha extendido por más de ciento cincuenta países y ha llegado al corazón de muchos

millones de hombres, cuya vida ha cambiado por el poder del Espíritu. Nadie sabe exactamente cómo ha sido posible un despliegue tan rápido y extraordinario. Los grupos de oración fueron naciendo y desarrollándose sin cesar: de un pueblo a otro, de una ciudad a otra, de un país a otro. La Renovación se ha introducido en todos los estratos sociales: niños, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, ricos y pobres, sabios e ignorantes, blancos y negros, sacerdotes y religiosos; en las parroquias, en los conventos y en los monasterios.

¿Cuántos han recibido el bautismo en el Espíritu? ¿Cuántos grupos hay en el mundo entero? ¿A cuántos ha llegado el influjo de este nuevo Pentecostés de la Iglesia? ¿Cuántos habrán sido tocados por esta gracia de la Renovación?

Es evidente que la cuestión del número es la menos importante, pero, para gloria del Señor, es bueno saber cómo se ha extendido esta corriente de gracia. En el saludo que Charles Whitehead, presidente de ICCRS (Servicios Internacionales de la Renovación Carismática Católica) dirigió a Juan Pablo II en noviembre de 1993, habló de la existencia de la Renovación Carismática en unos ciento veinticinco países, con un número total aproximado de unos sesenta millones de participantes en los grupos. En el encuentro celebrado en Pittsburgh, en 1997, para conmemorar los treinta años de la Renovación Carismática, uno de los oradores comentó que habían sido bautizados en el Espíritu más de ciento dieciocho millones de católicos⁵. Según el ICCRS hay unos trece millones de asistentes semanales a los grupos de oración, y unos cuarenta y cinco millones más que acuden de forma menos regular, pero estable. Según otras informaciones la Renovación habría

llegado a unos doscientos veinte países y el número de los que han recibido el bautismo en el Espíritu sería de más de ciento veinte millones.

No hay una estadística que sea del todo fiable, pero, en todo caso, el número de los que han tenido algún contacto con la Renovación debe ser muy alto. Seguramente se podrá afirmar que más de cien millones de hombres han recibido ya el bautismo en el Espíritu, aunque no todos sigan vinculados con los grupos de oración. La Renovación Carismática es considerada «como la fuerza más explosiva de la Iglesia en nuestros días», hasta tal punto que muchos la consideran «como el hecho más importante que se ha verificado en ella en los últimos años, después del concilio Vaticano II». El tiempo nos dirá su alcance e importancia. Pero algo ha pasado que nos urge a acercarnos para ver y tocar. No haríamos un buen negocio si dejáramos pasar a nuestro lado esa gracia que puede cambiar por completo nuestras vidas.

Esta es, a grandes rasgos, la génesis y el primer desarrollo de la Renovación Carismática. Eso es lo que nosotros hemos recibido: una explosión del Espíritu Santo, algo que tenemos que cuidar con esmero. Sin ningún aire de grandeza y sin llamar demasiado la atención, la realidad de esta corriente de gracia está siendo deslumbrante para millones de hombres, que han sentido el fuego de Pentecostés y se han reunido en miles de grupos para compartir la experiencia de una vida vivida bajo el señorío de Jesús, guiados y conducidos por el Espíritu, en la alabanza y en la gratuidad. Se ha abierto una esperanza infinita para la Iglesia de nuestros días.

II

¿Qué es la Renovación Carismática?

Los orígenes de la Renovación Carismática, como acabamos de ver, son muy recientes. Su aparición ha sido una sorpresa para todos. Nadie pudo imaginar algo parecido a lo que nos ha llegado. Cuando solo se oía el silencio de Dios, el Espíritu Santo ha salido de la clandestinidad, por expresarlo de algún modo, para recordar al mundo entero la única realidad que cuenta: Jesús, Señor y Salvador.

Se ha dicho «que solo lo que es real puede producir efectos». Pues bien, algo ha sucedido que, desde hace cincuenta años, está produciendo efectos visibles y maravillosos ante nuestros ojos. Se hablaba ya de la muerte de Dios, parecía que todo se había acabado para Él y que estaba siendo desechado «como si se tratara de un objeto en desuso». Pero, de repente, nuestra tierra se ha conmovido ante un nuevo vendaval: lenguas como de fuego han vuelto a abrasarla y una fuerza irresistible ha pasado sobre esta vega de huesos secos, dándoles una nueva vida.

¿Qué tsunami de gracia se ha abatido sobre este pequeño planeta azul? ¿Qué es lo que tenemos ante nuestros ojos? ¿Qué es esto que nos ha sumergido en un mar de vida y nos ha hecho estallar en alabanzas? ¿Qué es esto que transforma todo lo que encuentra a su paso? ¿Es un impulso? ¿Una corriente de gracia? ¿Un río de agua viva? ¿Con qué palabras podríamos describir lo que ha sucedido?

Lo cierto es que algo ha pasado, algo que nos urge a acercarnos para ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos...

El nombre

Para saber lo que es la Renovación Carismática habría que comenzar por lo más sencillo. ¿Con qué nombre designar esta corriente de gracia, tan novedosa y sorprendente, que ha aparecido en nuestra tierra, cambiando el corazón y la vida de los hombres?

El padre Congar escribió: «Asistimos a los comienzos de un movimiento prometedor. Hay que encontrarle un nombre irreprochable». Pero es bien comprensible la dificultad que se experimentó desde los primeros días para dar un nombre adecuado a esta corriente de gracia. No había más punto de referencia que el Movimiento pentecostal o el Neopentecostalismo. Por eso, no nos sorprende que en los primeros libros y artículos que se escribieron sobre ella se hablara de *Comunidades pentecostales*, de *Neopentecostalismo católico*, de *Pentecostalismo católico*, de *Catolicismo pentecostal*, de *Movimiento carismático*, de *Católicos carismáticos*. Pero muy pronto también se comenzó a hablar de *Movimiento de renovación en el Espíritu*, de *Renovación en el Espíritu*, de *Renovación espiritual carismática*, de *Renovación carismática católica en el Espíritu*, de *Renovación carismática* o, simplemente, de *Renovación*.

Afortunadamente, algunos de esos nombres cayeron pronto en el olvido, porque esta corriente de gracia no podía ser descrita como un movimiento, y porque la palabra *pentecostal* se prestaba a muchos equívocos. Pero, entonces, ¿con qué nombre designarla? ¿Cuál puede ser el nombre más adecuado para ella? Describirla con los

nombres de *Renovación espiritual*, o de *Renovación en el Espíritu*, o de *Renovación cristiana en el Espíritu* tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Por una parte, esos nombres nos llevan a poner los ojos en lo más decisivo, es decir, en el hecho de que esta corriente de gracia procede del Espíritu; pero, por otra, dejan en la penumbra el despertar de los carismas, que son el aspecto más vistoso y llamativo de ella.

Pero tampoco el nombre de *Renovación Carismática* es muy afortunado, ya que no recoge todos los aspectos de esta corriente de gracia. Ese nombre tiene la ventaja de poner en evidencia la renovación de los carismas que se ha producido en la vida de la Iglesia, pero, extrañamente, deja en la penumbra lo más esencial, es decir, la renovación interior del corazón. La Renovación, en efecto, no se define por la actualización de los carismas, sino por la vida nueva que se recibe en el bautismo en el Espíritu. ¿Para qué querríamos los carismas si no tuviéramos al Espíritu? ¿Para qué una renovación de carismas, si no hay una verdadera renovación interior del hombre? ¿No resulta, además, muy extraño, que no aparezca el Espíritu en ese nombre? Sí, lo es; por eso, ese nombre resulta también bastante pobre para designar una realidad tan entusiasmante como la que estamos experimentando.

Después de tantos ensayos no hemos encontrado ese nombre irreprochable, es decir, ese nombre que nos hiciera completamente felices y con el que nos sintiéramos plenamente identificados. Se diría que la realidad que tenemos ante nuestros ojos es tan desbordante que ningún nombre puede expresarla ni contener toda su riqueza. Cada uno de esos nombres pone en evidencia un aspecto de este nuevo amanecer, «pero la realidad supera por completo al nombre que sirve para designarla». Es cierto que el nombre no es lo más importante, pero tampoco es algo

indiferente. Un nombre correcto puede meternos en el corazón mismo de la realidad designada por él, mientras que uno que sea poco adecuado puede extraviarnos. ¿Seremos capaces de encontrar algún día un nombre apropiado para esta manifestación del Espíritu?

Pero esto es lo que hay. En algunos países se sigue hablando de *Renovación en el Espíritu*, pero «el uso común ha reservado el nombre de *Renovación Carismática* a lo que sucedió a partir del retiro de Duquesne, en febrero de 1967». A mi juicio no es el más adecuado ni el mejor de los nombres, pero es el más extendido, y con él vamos a entendernos de ahora en adelante. En el lenguaje ordinario y familiar hablamos sencillamente de la Renovación.

Pero jamás deberíamos olvidar que estamos hablando de una renovación no solo de los carismas, sino de una *renovación en el Espíritu* una expresión que aparece dos veces en san Pablo: la primera en la Carta a los efesios, en la que exhorta a sus fieles «a renovar el espíritu de vuestra mente y a revestiros del hombre nuevo» (4,23-24); la segunda en la Carta a Tito, en la que habla de «un baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo» (3,5). En el primer pasaje el término *espíritu* aparece con minúscula, porque hace referencia a nuestro espíritu, es decir, a la parte más íntima de nuestro ser, la que debe ser realmente renovada; en el segundo pasaje, el Espíritu aparece con mayúscula, porque él es el que efectúa la renovación y el que nos hace nuevos. Por tanto, no se trata solo de una reparación o de un ajuste, sino de una renovación que afecta a lo más profundo del hombre, es decir, «de una verdadera renovación del espíritu del hombre por el Espíritu de Dios». De esa renovación hablamos por encima de todo. Esa es la revolución que se produce en esta corriente de gracia que llamamos tan inadecuadamente *Renovación Carismática*. Por tanto, no es el nombre lo más

importante, sino la gracia de la renovación, que hace hombres nuevos y renovados. No podemos correr el peligro de quedarnos con el nombre y de perder de vista la realidad del hombre renovado. La gracia de la Renovación tiene como campo de acción el corazón del hombre. Lo que en ella se reaviva no son en primer lugar los carismas, sino la presencia y la experiencia del Espíritu en nuestra vida.

En el corazón de la Renovación

La Renovación Carismática es una realidad espiritual que nos desborda por completo. Sentimos un cierto vértigo al acercarnos a ella. Porque si ya hemos tenido problemas para darle un nombre, ¿qué ocurrirá cuando tratemos de llegar a su misma esencia? ¿Qué es realmente la Renovación Carismática? ¿Cuál es su identidad? ¿Qué se esconde detrás de ese nombre? ¿Cómo definirla o describirla?

Según el Diccionario de la Real Academia Española, definir es «fijar con claridad, exactitud y precisión la significación de una palabra o la naturaleza de una cosa». En ese sentido, la Renovación es indefinible. Podemos describirla, pero no definirla, porque es como una corriente o como un viento que fluye sin parar. Pero, como dice el padre Congar, «vale la pena que prestemos una fervorosa atención a la realidad que se esconde detrás de ese nombre, porque el Señor está actuando poderosamente en ella, a juzgar por los cambios que se producen en la vida de tantas personas».

La Renovación no es un movimiento proyectado por el hombre